

A esto es á lo que los grandes hombres llaman su estrella, estrella que marcha delante de ellos y que les prepara los caminos. La estrella de Dumouriez era la seducción; pero esta misma seducción no era sino la fuerza de unas ideas justas, abundantes y rápidas, en cuya órbita la increíble actividad de su espíritu hacía girar el espíritu de los que le oían ó le veían obrar. Gensonné, al volver de la comisión de que hemos hablado, había querido enriquecer su partido dándole este hombre desconocido cuya futura grandeza presentía ya. En consecuencia, le presentó á todos sus amigos, á quienes no ocultó la sorpresa y la confianza que le habían inspirado las grandes facultades que había descubierto en Dumouriez, ya como diplomático, ya como militar. Háblóles de él como de un salvador oculto que el destino preparaba á la libertad. Al mismo tiempo les exhortó á unirse á aquel hombre, que les engrandecería, engrandeciéndose él por su medio.

Apénas le hubieron visto, cuando quedaron convencidos de la exactitud de cuanto les había dicho Gensonné. El espíritu de este hombre era eléctrico y hería ántes que hubiese tiempo de entrar en discusión con él. Los girondinos le presentaron á Grave, y éste al rey. Luis XVI le propuso la interinidad del ministerio de Negocios extranjeros hasta tanto que, habiendo probado Mr. de Lessart su inocencia, pudiese volver á ocupar su puesto en el Consejo. Dumouriez se negó á aceptar una interinidad que le inutilizaba con todos los partidos y le hacía sospechoso á todos ellos. El rey cedió, y Dumouriez fué nombrado ministro.

La historia debe detenerse un momento ante este hombre, que sin tomar el título de dictador ejerció por espacio de dos años sobre Francia moribunda la dictadura ménos cuestionable de todas ellas: la del genio. Dumouriez fué uno de aquellos hombres que no se pintan sólo con nombrarlos, que tienen en lo pasado el secreto de su porvenir, y cuya existencia, como la de Mirabeau, está repartida en dos épocas que tienen sus cimientos en distintos suelos y que no pueden conocerse sino detallándolos.

Dumouriez era hijo de un comisario de guerra, y había nacido en Cambrai en 1739. Aunque su familia vivía en el Norte de Francia, era oriunda del Mediodía, de Aix, en Provenza. Su padre, literato y militar á la vez, le dió una educación que pudiese convenir á ambas carreras, y un tío suyo, oficial del ministerio de Negocios extranjeros, le inició, siendo muy jóven, en la diplomacia. Dotado Dumouriez de un espíritu fuerte y flexible á la vez, á todo se prestaba, y tan apto para obrar como para discurrir, pasaba sin violencia de una cosa á otra segun lo exigían las circunstancias. Había en él la flexibilidad de genio de los griegos en la época de la democracia ateniense. Desde muy jóven se dedicó especialmente al estudio de la historia, de ese poema de los hombres de acción, y Plutarco fué uno de los autores preferidos por él, que quería modelarse por las figuras antiguas, pintadas por aquel historiador con tanta verdad. En sus héroes descubría el ideal de su propia vida, y los distintos papeles de aquellos grandes hombres los escogía alternativamente y los desempeñaba en sueños, dotado por la naturaleza de un carácter tan á propósito para representar el que mejor le acomodase, que puede decirse que hubiese desempeñado con la misma propiedad el de Aristipo que el de Temístocles, el de Escipion como el de Coriolano. Unia á sus estudios los ejercicios militares, y tan hábil en el manejo de la espada como intrépido para domar un caballo, ejercitaba con tan buen éxito sus fuerzas corporales como las facultades de su

inteligencia. Demóstenes, á costa de mucha paciencia había logrado corregir su tartamudez y hablar tan claro como cualquiera otro hombre. Dumouriez, á pesar de ser de un temperamento débil y enfermizo, logró por su constancia fortalecer su cuerpo hasta hacerle apto para sufrir las fatigas de la guerra. La actividad ambiciosa de su alma necesitaba prepararse de este modo el instrumento que había de servir más tarde á su elevación.

Rebelde nuestro héroe á la voluntad de su padre, que quería que entrase en la secretaría de la Guerra, obtuvo una charretera en un regimiento de caballería, profesión más de su agrado que la de manejar la pluma. Hizo la campaña de Hanover, de ayudante de campo del mariscal de Armentieres, y en una retirada arrancó una bandera de manos del que huía con ella, reunió doscientos caballos á su inmediación, y salvó una batería de cinco piezas, protegiendo con aquel puñado de valientes el paso del ejército. Habiéndose quedado casi solo á retaguardia, aún se defendió desesperadamente detras de su caballo, muerto en la refriega, desde donde hirió á tres húsares enemigos. Por fin, acribillado de balazos y de sablazos, con dos dedos ménos en la mano derecha, descalabrado, casi ciego de un fagonazo y con una pierna presa debajo del caballo, fué hecho prisionero por el baron de Beker, que le salvó la vida en consideración á su bizarría y le hizo transportar al campamento inglés.

Su juventud y temperamento hicieron que se hallase restablecido al cabo de dos meses. Destinado á formarse para la victoria con el ejemplo de las derrotas é impericia de nuestros generales, tocóle reunirse á los mariscales de Soubise y de Broglie, por cuya causa presencié todos los desastres que debe Francia á la envidiosa rivalidad de aquellos dos generales.

Hecha la paz, fué á reunirse con su regimiento, que estaba de guarnición en Saint-Lo; pero al pasar por Pont-Audemer, en donde vivía una hermana de su padre, las gracias de una prima suya, hija de aquella señora, le hicieron apasionarse de ella; ésta le correspondió por su parte, y se hubiera verificado la unión de los dos amantes á no haberse opuesto á ella el padre de Dumouriez. Desesperada la jóven en vista de este contratiempo, entró en un convento, de donde juró arrancarla Dumouriez. Dirigiase allí con este intento, pero apoderándose de él en el camino una tristeza que no pudo dominar, compró en Dieppe una gran cantidad de opio, y encerrándose en su cuarto, escribió una carta de despedida á su amante, y otra á su padre reconviniéndole por lo que se veía obligado á ejecutar, é inmediatamente se envenenó. Salvóle su buen temperamento por segunda vez, y arrepentido de lo que había hecho, fué á echarse á los piés de su padre, y obtuvo de éste el perdón que solicitaba.

A los veinticuatro años, y despues de siete campañas, lo único que había sacado de ellas era veintidos heridas, una cruz, el grado de capitán, una pensión de seiscientas libras, muchas deudas, y un amor sin esperanza, que martirizaba continuamente su alma. Aguijoneada su ambición por éste amor, le hizo buscar en la política una posición que la guerra no había querido proporcionarle.

II

Había entónces en París uno de esos hombres enigmas que son á la vez medio intrigantes y medio hombres de Estado, subalternos anónimos que desempeñan

bajo la direccion de otros hombres de más valer ciertos papeles oscuros al parecer, pero que son en realidad de la mayor importancia. Estos hombres, que bajo la apariencia de la política no son sino los jefes de la policía secreta, son despreciados por los mismos gobiernos que se valen de ellos y recompensan sus servicios prodigándoles el oro á manos llenas. Muchas veces tiene sus contras este despreciable papel, y los que se dedican á tan vergonzoso tráfico se hallan comprometidos y se ven desterrados ó encarcelados; pero nada les importa el cautiverio ni el deshonor, con tal que no les falte el dinero. Estas gentes, verdadera escoria de la sociedad, están siempre de venta como un mueble cualquiera, y su valor consiste en su más ó ménos talento y en la utilidad que de ellos puede sacarse. Este odioso encargo fué desempeñado mucho tiempo por Linguet y por Brissot, pero entónces estaba en posesion de él un tal Favier.

Este hombre, empleado alternativamente por Mr. de Argenson y por el duque de Choiseul en redactar memorias diplomáticas, conocia perfectamente la política europea. Espía vigilante en todos los gabinetes, sabía sus segundas intenciones, adivinaba sus intrigas y las burlaba y contraminaba valiéndose de medios cuyo secreto era desconocido algunas veces hasta del ministro de Negocios extranjeros por cuyas órdenes obraba. Luis XV, rey de miserables pensamientos y de pequeños medios, no se desdeñaba de confiar á Favier las tramas que urdia contra sus mismos ministros. Favier era el confidente de la correspondencia política que sin que lo supiese, y contra las miras de su gabinete, mantenía este príncipe con el conde de Broglie. Sospechada más bien que conocida esta confidencia por los ministros, y siendo Favier hombre de un talento distinguido como escritor y de vastos conocimientos, tanto en derecho público como en historia y diplomacia, tenía un crédito en la administracion y una influencia en los negocios, muy superiores al desacreditado y oscuro papel que representaba exteriormente; pudiendo decirse de él que era una especie de ministro de las grandes intrigas de la época.

Dumouriez, al ver cerradas ante sí todas las sendas de la fortuna, resolvió dirigirse hácia ella por caminos tortuosos, y se unió á Favier. Contrajeron estrecha amistad al poco tiempo de conocerse, y al roce que tuvo Dumouriez en sus primeros años con un hombre tan astuto es á lo que debe achacarse cierta cosa indefinible, tan hábil como la intriga y tan inconsiderada como un golpe de mano, cosa que siempre resaltó en todos los actos de la vida pública de Dumouriez, y que le hacía aparecer, tanto en política como en la época de su heroísmo, como un aventurero temerario, y no como hubiera debido aparecer segun los principios en que habia sido educado. Favier le inició en los secretos de las cortes y comprometió á Luis XV y al duque de Choiseul á que se valiesen simultáneamente de las grandes disposiciones de Dumouriez, tanto para la guerra como para la diplomacia.

Esta fué la época en que el gran patriota corso Paoli se esforzaba por arrancar su país de la tiranía de la república de Génova, y por asegurar á su pueblo la independencia, cuyo patronato ofrecía alternativamente, ya á Inglaterra, ya á Francia. Dumouriez, en cuanto llegó á Génova, trató de burlar á la vez á la república, á Inglaterra y á Paoli, contra el cual conspiró uniéndose á unos aventureros corsos, desembarcando en la isla, á la que excitó á recobrar su independencia, saliendo á medias con su intento. Despues de dado este paso, fletó una falúa y se embarcó para ir á dar parte al duque de Choiseul de la situacion en que dejaba á Córcega



DUMOURIEZ.

y para pedir auxilios á Francia. Detenido por una tempestad que le hizo andar algunas semanas de acá para allá por las costas de Africa, llegó á Marsella demasiado tarde, porque halló ya firmado el tratado entre Francia y Génova. En vista de esto, se dirigió á Paris y fué á apearse en casa de su amigo Favier.

Este le confió que se hallaba encargado de redactar una memoria en que se hiciese ver al rey y á los ministros la necesidad de sostener la república de Génova contra los corsos; que esta memoria le habia sido exigida en secreto por el embajador de Génova y por una doncella de la duquesa de Grammont, hermana favorita del duque de Choiseul; que esta última tenia puestos á rédito sus capitales, lo mismo que los hermanos de la Dubarry, en el ramo de las provisiones del ejército; finalmente, que el precio de aquella memoria y de la sangre de los corsos eran quinientos luises, de los que le ofrecia una parte á condicion de que procurase en cuanto de él dependiera que esta intriga saliese bien. Dumouriez fingió aceptar gustoso lo que se le propone; pero apenas sale de casa de su amigo, cuando vuela á la del duque de Choiseul, le revela lo que se está tramando, y al ver que esta revelacion es bien acogida por el ministro, cree haberle convencido y se prepara para salir de nuevo á llevar á los corsos los subsidios y las armas que esperaban. Mas al dia siguiente halla que el ministro se habia vuelto enteramente, y arrojado de su audiencia con palabras ofensivas, se retira y pasa secretamente á España. Ayudado por Favier, que se contentaba con haberle burlado, pero que tenia compasion de su candor, y protegido tambien por el duque de Choiseul, conspira en union del ministro español y del embajador de Francia para conquistar á Portugal, cuya topografía y medios de defensa se le encarga que estudie militarmente. El marqués de Pombal, primer ministro portugues, concibe sospechas sobre la mision de Dumouriez, y le manda salir inmediatamente de Lisboa.

El jóven diplomático vuelve á Madrid, donde recibe la noticia de que, ganada su prima por las monjas, le abandonaba para tomar el velo. Entónces entra en relaciones con una francesa, hija de un arquitecto que estaba establecido en Madrid, y en sus brazos se adormece por algunos años aquella actividad que paralizan las delicias de un amor correspondido. Una órden del duque de Choiseul le llama de nuevo á Paris, y aunque vacila en obedecer, su misma querida le hace decidirse y le sacrifica su fortuna, como si hubiese presentido aquella jóven la gloria que debia alcanzar su amante andando el tiempo. En cuanto llegó á Paris se le nombró cuartelmaestre general del ejército frances en Córcega, en donde se distinguió como se habia distinguido en todas partes. Apoderóse, á la cabeza de un destacamento de voluntarios, del castillo de Corte, residencia y último asilo de Paoli. Saqueado el castillo de aquel desgraciado patriota, Dumouriez se reservó la librería. Los libros de que ésta se componia y las anotaciones puestas al márgen de ellos por el mismo Paoli revelaban uno de aquellos caracteres que buscan otros que se les asemejen en las grandes figuras de la antigüedad. Dumouriez era digno de poseer aquellas obras, puesto que las preferia al oro de que pudiera muy bien henchir sus gavetas. El gran Federico llamaba á Paoli el primer capitán de Europa. Voltaire le titulaba el vencedor y el legislador de su patria. Los franceses se avergonzaban de vencerle, y la fortuna se ruborizaba de abandonarle. Si aquel hombre no logró libertar la patria, al ménos se inmortalizó con ella en la lucha que sostuvo. Ciudadano demasiado grande para un pueblo tan pequeño, su gloria no es-